

más reducido, sus singladuras no habrían alcanzado el Tirreno sino que se habrían centrado en el Egeo y las orillas occidentales del Mar Jónico. Esto puede sonar a algo excesivo en un momento en que empieza a reconocerse el comercio micénico en el extremo Occidente mediterráneo pero toda crítica debe reconocer ante todo el valor de la experiencia náutica que representa el viaje de la *Argos*. Que la tradición homérica, la navegación en escuadra, se superponga y absorba elementos de "Narraciones jónicas" y que éstas reflejen un conocimiento marítimo más profundo que el del "terricola" Homero es algo que no cabe dilucidar aquí ni tampoco ser desarrollado suficientemente en el ámbito del libro de Severin que, mercedamente en cuanto tiene en aventura marítima, ha sido uno de los grandes éxitos de venta en el Reino Unido durante 1987.—ALBERTO BALIL.

HITCHENS, Ch., *The Elgin Marbles: Should they be returned to Greece?*, Londres, Chatto & Windus, 1987, 4.º, 137 pp.

¿Quién no ha oído hablar de la "maldición" de las tumbas de los faraones? Qué revista "de interés general" no le ha dedicado unas líneas, aunque sin interés?

Parece que otra maldición análoga existe sobre el Parthenón. Quizá la de los despojados contribuyentes de la "Liga Naval" en beneficio de la "gran Atenas" periclea. ¿Acaso se trata de una "serpiente de mar" cuya tramoya mueve una ministra de Cultura de indumentarias euripídeas, al modo de decir de Aristófanes, y cuyas víctimas somos todos?

Orquestada de nuevo la beatería de lo helénico como si en tiempos de lord Byron estuviéramos más parece que lord Elgin, el British Museum y el Reino Unido sean la causa de todos los males que afligen la Grecia actual, imás bizantino consumista que clásica!

Largo coro de lloronas tercermundistas, o con vocación de tales, físicos de estado incierto y plumíferos frívolos corean la dionisiaca ministra... Mucho se escribe a favor pero parece que nadie trate de escribir en contra y menos aún plantear las cosas como son.

¡Vuelva "todo" a su pristino lugar como en el valle de Josafat! Vuele el trípode de Delfos del hipódromo estambuliano al templo de Apolo, regrese a Italia su pintura vendida y a España su pintura robada por los detentadores de entorchados napoleónicos... ¡Despojemos los museos romanos camino de una incierta Grecia y emprenda un enésimo viaje final el altar de Pérgamo para regresar a la turca Bergama, repose de nuevo Ramses II en su tumba, naveguen obeliscos y reclamen los iraqueños a ambas Alemanias, por si acaso!, la puerta de Ishtar, y torne a Roma el Trono de Boston, para el caso que fuera auténtico, y los fantoches etruscos del Metropolitan, para diversión de niños, padres de familia y soldados sin graduación! Tras esta hermosa ceremonia de la confusión el Parthenón seguirá siendo víctima de la contaminación atmosférica ateniense ¡la Acrópolis y el Foro Romano son hoy el mejor museo mundial de andamiajes metálicos! Renunciemos, vista la celeridad que se mostró en reinstalar el museo de la Acrópolis o, pese a las vinculaciones ministeriales, dotar a El Pireo de algo que parezca un museo y no una escuela desalojada; y un par de generaciones dejarán de ver lo que es visible y quizás otras pueden celebrar su funeral. ¡El altar de Pérgamo con los graffiti que hoy ornan las tumbas de Xanthos sería una maravilla!

Callemos, sin embargo, que si lord Elgin hizo lo que hizo, y bastante cuidadosamente para su tiempo, fue porque Fauvel no pudo y el conde Choiseul-Gouffier se encontró con un "pequeño inconveniente" llamado Revolución Francesa, ¡algo haría, sin embargo, la "Marine Militaire" con la Afrodita de Melos o la Niké de Samotracia!

Parece, con tanto discurso, tanto lloriqueo y tanto desmelenamiento, que sólo haya esculturas del Parthenón en el British Museum, pero no en los Museos Vaticanos, en Copenhague, Wurtzbuorg..., ¡pero no en el Louvre, naturalmente! ¡Permanezcan separados cabeza y

tronco del jinete Rampin y consérvense metopas de Olimpia en el Louvre! ¿Qué decir también de las esculturas del templo de Aphaia en Egina?

Todo esto, y bastante más, se calla en el libro de Hitchens, a quien habrá que considerar definitivamente como miembro honorario del filisteo, no sólo lord Elgin según su opinión, coro de lloronas, y esperar que la "Elleniki Demokratia" le conceda una alta distinción "cultural".

Confieso que no me gusta el "cómo" de la exposición de los mármoles Elgin en su montaje de 1938, pero me gusta mucho menos la perspectiva de tener que esperar al segundo milenio para verlos de nuevo en algún lugar del Agora, ¿acaso como "pendant" de la stoa de Atalo? y tener que consolarme con las reconstrucciones de Basilea. De momento, ya sé que durante años si quiero ver de nuevo el pórtico de las cariátides del Erechteion tendré que contentarme viendo vaciados y vaciados por vaciados y reconstrucciones por reconstrucciones, prefiero las de la iglesia de St. Pancras en Euston. ¡Bloomsbury es un barrio más tranquilo que la Acrópolis y el clima de Londres menos variable y contaminado que el de Atenas!—ALBERTO BALLÍ.

LEWIS, N., *Greeks in Ptolemaic Egypt*, Nueva York, Oxford University Press, 1986, 4.º, xii, 192 p., 8 láms.

Nuestro siglo no ha producido aún un estudio detenido sobre el Egipto ptolemaico. Contamos con buenas páginas de Rostovzeff y el excelente estudio de Johnson en el *Survey* de Frank. El monumental estudio de Fraser sobre Alejandría podría ser una indicación, pero lo cierto es que nos acercamos al segundo milenio sin que podamos contar con una obra de este tipo.

Debemos a Lewis un estudio sobre el dominio romano en Egipto (Oxford, 1983), que sigue una tradición y, al mismo tiempo, explicita éste volumen. "Case studies in the Social History of the Hellenistic World". El conocido estilo de las "estampas" se aplica aquí a unas personas en el que, con acierto, llama Lewis "Eldorado del Nilo". La emigración griega, en estos casos seleccionados, nos muestra una imagen que va más allá de los manidos conceptos del funcionario y el soldado oriundo de Grecia, para mostrarnos lo que en términos actuales pudiéramos llamar "emigración y criollismo", aunque en un sentido muy diferente de las "Colonial Elites" romanas de sir Ronald Syme. El griego de Egipto no dejó de ser griego aunque con unas características que le diferenciarían de otros griegos, fueran de la madre patria o fueran de otros Estados helenísticos sin que por ello se "egiptizara" ni Egipto se helenizara. Salvo ocasionales excepciones, como el Ptolemaios "recluido" al servicio del dios en el Serapeo de Memphis, Egipto pasa a ser un país donde dos culturas se yuxtaponen, donde conviven dos "estructuras" distintas. La glosa del viaje de Julio César y Cleopatra VII remontando el Nilo es un buen ejemplo de ello. No se trata de mostrar, al modo de una expedición potemkiniana, un Egipto disfrazado de país helénico, sino mostrar paulatinamente estos contrastes desde el helenístico palacio real al santuario de Tebas, dando pie a que Cleopatra, última de su dinastía, fuera capaz de exhibir su capacidad, por vez primera en su familia, de expresarse en la lengua de sus súbditos no griegos. El legalismo anagráfico que expresa la frase "griego nacido en Egipto" implicaba claramente la distinción y separación entre dos pueblos y dos culturas.—ALBERTO BALLÍ.

KAHIL, L., AUGÉ, Ch., LINANT DE BELLEFONDS, P., (eds.), *Iconographie classique et identités régionales. Paris 26 et 27 mai 1983*. Paris, Diffusion de Boccard, 1986, 4.º, 460 p.

Esta reunión, cuyas actas se publican con cierto retraso, responde al espíritu de LIMC en